

LA TIENDA 1

Autor: franciscomiralles

Categoría: Cuentos

Publicado el: 25/08/2018

Aquella víspera del día de San Juan en el mes de junio de 1970, la familia Mireya se dirigía en su coche a atender su negocio que eran dos tiendas casi tan grandes como unos almacenes de Confección masculina. La una estaba situada en un barrio de Barcelona, y la otra se hallaba en un pueblo obrero colindante con la gran ciudad.

A Esteban que era el hijo mayor de veinte años de los Mireya que tenía un temperamento retraído; con tendencia al aislamiento se le hacía muy cuesta arriba tener que despachar a los clientes que pudieran venir a comprar. Siempre pensaba que fracasaría en aquella actividad y que todo le saldría mal.

Como era la costumbre aquella fecha era una jornada de un trabajo agotador, y aunque se sabía a qué hora se entraba en la tienda no se sabía en cambio a qué hora se saldría porque todo dependía de del flujo de clientes, y a lo mejor la jornada laboral terminaba a las diez de la noche.

A Esteban le hubiese gustado asistir a una fiesta que se celebraba en una torre de veraneo de un amigo en un pueblo marítimo que no estaba lejos de Barcelona, donde iban chicas muy

atractivas, pero en vista del trabajo que se le venía encima ni tan siquiera se atrevió a planteárselo a su familia por el temor de que su padre le tachara de irresponsable. Él tenía que cumplir con su misión sin rechistar, y nada más.

Primero empezaron a entrar gradualmente en el establecimiento algunos clientes; mas a medida que avanzaba la tarde en el comercio empezaban a entrar oleadas de gente dando lugar a que a Esteban se le hiciese un nudo en el estómago similar a los toreros al salir al ruedo de una plaza.

- ¿Qué desean? - inquirió Esteban a un matrimonio de mediana edad que la mujer era obesa, pero que el hombre era un sujeto delgado y escuchimizado.

- Unos pantalones. ¡Pero que sean buenos eh! - respondió la mujer muy seria.

Esteban diligentemente le tomó la medida de la cintura al cliente, y les mostró todos los pantalones de distintos colores que podrían irle bien.

- No me gusta, no me gusta, no me gusta ninguno... - iba diciendo la mujer con una expresión de asco.

- ¿Por qué no? Fíjense en este pantalón de color azul marino. No tan sólo es de calidad, sino que además está muy bien de precio - insistió Esteban con la boca seca.

Entonces la mujer con su cara de pocos amigos dijo señalando a un pantalón de un color marrón claro que estaba colgado en un extremo del mostrador:

-¡Quiero ese!

- Ya. Pero resulta que este que usted dice no es de su talla. No le iría bien - arguyó Esteban.

- ¡Ah! Pues nos vamos a mirar a otro sitio. - expresó la mujer dando media vuelta.

-¡Esperen! No se precipiten. Tenemos otra tienda y llamaré ahora mismo a ver si tienen este pantalón pero de su talla.

Esteban llamó por teléfono a la otra tienda donde estaba su padre, y hubo suerte. Allí tenían la prenda que quería aquella mujer. Así que Esteban les aseguró que el próximo día tendrían el pantalón a su disposición, por lo que ellos dejaron una cantidad de dinero y se marcharon.

Se daba el caso que en aquel tiempo venían a Barcelona donde se disfrutaba del pleno empleo muchos inmigrantes de todas las regiones deprimidas de la península para mejorar su nivel de vida; trabajaba toda la familia, y por supuesto necesitaban ropa para todos los miembros de la misma.

- Yo quiero un traje que sea bueno, bonito, y barato. Las tres B. ¡ Jajaja!- pedía otro joven cliente.

Otro dependiente se afanaba en enseñarle algunos trajes de verano. Al cabo de mucho rato de mirar, y remirar el cliente se decidió por uno de color beige. Pero evidentemente se lo tenía que probar.

El joven entró en un mostrador, y se tiró unos largos cinco minutos en probarse aquella

indumentaria.

- El pantalón me viene ancho - dijo él mirándose de un modo narcisista en el espejo.

Se hizo necesario tomarle medidas para poderse arreglar.

-Lo quiero para mañana, que tengo un compromiso - exigió.

Las trabajadoras que eran las mujeres de los dependientes que estaban en una habitación cosían y descosían sin parar, y allí fue a parar aquella prenda.

Cuando el cliente pasó por Caja, como casi todo el mundo y pensando que él era un tipo especial pidió con un aire chulesco:

- Me harán un descuento ¿verdad?

- Oh no podemos. Lo tenemos prohibido por la dirección - respondió con una sonrisa la cajera que era una mujer que se parecía a una actriz de cine, y era precisamente la madre de Esteban.

¿Es que acaso la singularidad personal sólo tiene validez para uno mismo, pero que desde una perspectiva global y masificada sólo somos un número y ésta apenas cuenta? ¿Ser alguien es en términos multitudinarios es no ser nadie?

Mientras tanto Esteban atendía a cinco clientes a la vez y se tenía que acordar de lo que quería cada uno.

Seguidamente se presentó en la tienda un hombre que iba solo; pidió una camisa de manga

corta, y enseguida se quedó con una de color rosado muy vistosa. Pagó, y se marchó.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [franciscomiralles](#)

Más relatos de la categoría: [Cuentos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)